

UN VIAJE A LA ALPUJARRA CON PEDRO ANTONIO DE ALARCON

Por
Enrique Pardo Canalís

Fácil es que si Pedro Antonio de Alarcón hubiera escrito solamente poesías o piezas teatrales apenas si hoy sería recordado. Sus *Novelas cortas*, le confirieron estimación de prosista de pluma desenvuelta y cautivadora amenidad. *El Diario de un testigo de la Guerra de Africa*, de acogida verdaderamente excepcional, le abrió amplio crédito de observador sagaz y cronista envidiable. *De Madrid a Nápoles*, constituiría un claro testimonio de su acendrada sensibilidad artística. De primorosa creación pudiera calificarse *El Capitán Veneno*, acierto afortunado de singular encanto. La fama pregonera —no exenta de acentos polémicos— acompañaría para siempre a *El escándalo*, «la más discutida de mis producciones» —según confesión autobiográfica (1)— y por ello mismo blanco mil veces de vivas resonancias. *El sombrero de tres picos* le depararía reputación duradera de escritor travieso y jugueteón, ducho en resortes literarios de buena ley. *La pródiga* y *El Niño de la bola*, con su fondo y trasfondo de intención moralista animarían aún más el tono de controversia ideológica muy acentuada en las últimas obras del autor.

Dentro de un enfoque muy personal de su producción, hemos de situar *La Alpujarra*, escrita en 1873, un año después del viaje a que dio origen. A tenor de sus páginas, afloran muchos elementos característicos de indudable ascendencia alarconiana: la descripción atenta y animada del paisaje, el relato vivaz y apasionante, en particular, al evocar las peripecias de la rebelión de los moriscos, la chispeante ocurrencia, sin que tampoco falte el empeño ardoroso de trazar un «alegato en favor de la tolerancia religiosa», intención tergiversada por «los propagandistas de la impiedad» de la época (2).

La Alpujarra, dedicada a Don José de Espejo y Godoy (de Murta) y a Don Cecilio de Roda y Pérez (de Albuñol), en reconocimiento de

(1) *Historia de mis libros*, XIV, página 247. Edición conjunta con *El Capitán Veneno*. Madrid, 1961.

(2) *Historia de mis libros*, XII, páginas 237 y 239. Edición citada en la nota anterior.

hospitalidad, comprende seis partes a las que preceden unos prolegómenos y sigue un epílogo. De su contenido —mantenido el orden y titulación originales— ofrecemos en estas páginas una sucinta referencia, con la esperanza de que pueda servir de recordatorio a quienes conozcan la obra o de invitación a cuantos se interesen por los libros de viajes (3).

Prolegómenos (4).

El autor comienza por explicar —«Principiemos por el principio»—, que desde niño, a la edad de nueve años y con motivo de la conversación sostenida con un amable erudito de la localidad, sintió el deseo de recorrer una región misteriosa, próxima a Guadix, «de la cual, sin embargo, todo el mundo hablaba *sólo por referencia*; aquella tierra, a un tiempo célebre y desconocida, donde resultaba *no haber estado nunca nadie*; aquella invisible comarca, cuyo cielo me sonreía sobre la frente soberana del Mulhacem, era la indómita y trágica *Alpujarra*» (4). A acrecentar su deseo contribuiría, por una parte, el recuerdo histórico de los moriscos que allí se hicieron fuertes —con el casi legendario Aben Humeya a la cabeza— y de donde al fin fueron expulsados, y de otra, el *interés geográfico* hacia «aquel espacio de once leguas de longitud por siete de anchura en que queda encerrada la *Alpujarra*» (5), al pie de Sierra Nevada, alma y vida, dice, del Guadix natal (6). De ahí que en su imaginación juvenil, llegar a la Alpujarra, se le antojase «placer análogo al que experimentaría Aníbal al asomarse a Italia desde la cúspide de los Alpes, o Vasco Núñez de Balboa al descubrir, desde lo alto de los Andes, la inmensidad del Pacífico» (7). A todo lo cual habría de añadirse «el infernal encanto de la incomunicación» (8), intolerable y casi incomprensible hoy, pero que entonces, y más tratándose de un escritor con alma de poeta, no hay duda de que estimulaba, con la propia dificultad de los accesos

(3) A tal efecto hemos manejado preferentemente el ejemplar de la segunda edición (Madrid, 1882), dedicado por el autor a Cánovas del Castillo, conservado en la Biblioteca de la Fundación «Lázaro Galdiano». A dicha edición han de referirse, en consecuencia, las citas recogidas en estas páginas.

(4) Página VIII.

(5) Página XII.

(6) Página X.

(7) Página XII.

(8) Página XIII

y comunicaciones, la empresa proyectada. Y todavía más venía a enardecer su empeño el recuerdo de la Guerra de Africa —de la que fue más que testigo, notario puntual sobre el campo de batalla— que, en vez de quitar su «ardiente anhelo de conocer la tierra alpujarreña, hicieronlo más activo y apremiante» (9). De ahí que para tan decidido propósito influyera un conjunto poderoso de múltiples estímulos: «La Historia, pues; la Geografía; mi culto filial a *Sierra Nevada*; no sé que pueril devoción a los Moros, ingénita a los andaluces; la privación, los obstáculos, la novedad y el peligro, conspiraban juntamente a presentarse como interesantísima una excursión por la *Alpujarra*» (10). Pero aplazada varias veces su realización «con pesar o remordimiento» (11), hallándose «en aquella inmensa oficina llamada Madrid, donde sólo hay aire respirable para los días de prosperidad y ventura» (12), se le presentaría una oportunidad propicia para llevarla a cabo.

He ahí la génesis y razón de este viaje, cuya introducción aparece firmada en Valdío de Casa Tejada (Extremadura), a 10 de marzo de 1873; es decir, al cumplir el autor los cuarenta años de edad, y uno después de haberlo emprendido.

Primera parte. El Valle de Lecrín.

El 19 de marzo, festividad de San José, de 1872, se inicia el viaje desde Granada, en compañía de un compadre, amigo suyo, de Madrid, «que iba a *La Alpujarra* a asuntos propios», y de varios autores, «Ayudantes de campo de mi memoria» (13), entre ellos, Diego Hurtado de Mendoza, Luis del Mármol Carvajal y Ginés Pérez de Hita, cuyas eruditas obras, más los numerosos apuntes recogidos de otras procedencias, habrían de prestar un encuadramiento singular al relato.

«A las ocho en punto arrancó la diligencia» (14). Pronto alcanzan los Llanos de Armilla, «desconsolado yermo, enclavado, como un oasis negativo, en medio de una llanura siempre frondosa, para más

(9) Página XIV.

(10) Página XV.

(11) Página XV.

(12) Página XVI.

(13) Páginas 1 y 2.

(14) Página 3.

lucimiento y realce del edén que lo rodea» (15). Se aproxima «al pie de Sierra Nevada», a la vista del Picacho del Veleta y del Mulhacem, cuya tradición recoge cumplidamente (16). Cerca de las diez pasa por el Suspiro del Moro, que le incita a evocar comparativamente la infausta jornada de la derrota de Boabdil, primero, su dorada cautividad después, en Cobdaa —conocido por Presidio de Andarax, en la Alpujarra—, luego su salida de España, y por último su trágico final en tierras marroquíes (17). Penetra en el Valle de Lecrín —de la alegría, en árabe— y en Padul, primer pueblo del mismo, «digno prólogo de la selvática *Alpujarra*» (18). Poco más de una legua le separa de Dúrcal, cuyo recorrido aprovecha para «hojear *ochenta años* de la Historia del Reino de Granada, o sea, desde la partida de Boabdil para África, hasta la sublevación de Aben-Humeya» (19), y cuya remembranza le lleva a retroceder trescientos años en el curso del relato (20.)

Continuando la marcha pasa, sin detenerse, por Dúrcal, cruza el río Torrente, dirigiéndose a Talará, con cercanías de funesto recuerdo, pero «lugar tan gozoso como su nombre, que, según véis, se canta solo» (21) y en donde tampoco se detiene la diligencia. Divisa Picos del Rey o Picos del Valle, deja a la izquierda Mondújar, entrando en Béznar, lugar señaladísimo por haber sido el escenario en donde don Fernando Válor fue proclamado Rey de Granada, con el nombre de Aben-Humeya. Montados en la diligencia de Motril, salen a mediodía de Béznar, pasan poco después por el Puente de Tablate —lugar de un importante encuentro entre las fuerzas del Marqués de Mondéjar y los moriscos en armas—, llegando a la Venta de igual nombre, donde dejarían el aparatoso carruaje, para seguir el recorrido a caballo. Destaca la *estratégica posición* de dicha Venta —llamada de *Luis Padilla*—, por constituir un cruce de caminos y, en particular, respecto de la Alpujarra para la que sirve «ya que no de puerta, de aduana o portazgo», añadiendo: «¡De allí arranca la senda de lo desconocido!» (22). Encuentran allí a los «escuderos» que habían de acompañarles, y después de almorzar *a la navaja* y saludar a un amigo in-

-
- (15) Página 6.
 (16) Páginas 7-9.
 (17) Página 15.
 (18) Página 25.
 (19) Página 29.
 (20) Página 46.
 (21) Página 50.
 (22) Página 78.

geniero, también agregado al grupo, prosiguen a las dos la marcha, ya a caballo. Media hora después alcanzan Lanjarón, cuya belleza y salubridad pondera, con obligada alusión a sus aguas medicinales. Contempla... la Historia y la Geografía, destacando especialmente el Picacho de Veleta.. Un poco más, y perdidos a la vista, el Valle de Lecrín y Lanjarón, la entrada en la Alpujarra, es una realidad.

Parte segunda. La Taha de Orgiva.

Camino de Orgiva, registra dos encuentros. Una curiosa caravana, conduciendo a un enfermo para ser reconocido en la capital. El otro, insinuante y maravilloso, el mar, divisado —con excelente vista, sin duda— desde muy lejana distancia. El tañido de unas campanas les advierte la proximidad de Orgiva, en el centro de un nuevo oasis. Y al llegar a este punto, Alarcón aborda resueltamente un tema de particular interés: el origen y significado de la voz *Alpujarra*, recogiendo las opiniones de Luis del Mármol y Miguel Lafuente Alcántara, Romey y Sacy, Xerif Aledrix y Conde y Simonet, que abogan por la «rencillosa, pendenciera e indomable» Tierra del Sirgo, Castillo de los Aliados, Sierra de hierba o de pastos y Alba-Sierra, respectivamente, manteniéndose Alarcón un tanto al margen, con motivo, dice, de no saber árabe (23). Menos indiferente se muestra sobre una cuestión que, al cabo de los años, sigue en pie: si debe decirse *la Alpujarra* o *las Alpujarras*. Y aunque al tocar este punto reconoce que la forma pluralizada cuenta a su favor con la adhesión de «varios autores antiguos y modernos», que no nombra, el permanente empleo en conversaciones de mucha gente fuera de Andalucía e incluso el propio Diccionario de la Real Academia al referirse a la naturaleza del alpujarreño, sin embargo de todo ello se decide, por la voz singularizada, por ser la expresión que toda la vida había estado diciendo y oyendo, «dulce rutina», que trata de justificar en el parecer de Hurtado de Mendoza, Mármol, Lafuente y «otros escritores de muchas humanidades», en el uso constante de los granadinos de la capital y de la provincia, y, según dice, en el uso de «los mismos alpujarreños». Por todo ello, pidiendo perdón a

(23) Páginas 101-103.

la Academia —a la que todavía no pertenecía (24)— y «por razones de querencia a lo tradicional», adopta resueltamente la forma Alpujarra (25).

Otra cuestión es la relativa a los límites de la Alpujarra. Rebatiendo la divulgada afirmación de que medía «diecisiete leguas de longitud de Motril a Almería por once de anchura, desde Sierra Nevada al mar» (26), empieza por recordar que ya en el siglo XVI se distinguían las regiones de Tierra de Motril, Alpujarra y Tierra o Río de Almería, para precisar, en definitiva, que, a su juicio, la Alpujarra comprende desde Sierra Nevada al Mediterráneo, fijando los límites laterales de esta forma: por occidente «principia en el Picacho de Veleta; baja con el río de Lanjarón hasta el río de Órgiva; gana luego la Sierra de Lújar y corre (por donde mismo va la raya del partido judicial de Motril) hasta caer al mar entre Castel de Ferro y Torre de Baños»; por el lado opuesto «empieza hacia Ohanes; busca las crestas de Sierra de Gádor y va a morir en la Punta de las Sentinas. Dicho se está, por consiguiente, que quedan reducidas a diez u once las famosas diez y siete leguas» antes citadas (27). Fijadas ya estas precisiones, pasa a referirse a la historia de la Alpujarra, que arranca, en cuanto a su conocimiento más concreto, de la invasión árabe. Recuerda la distinción entre muladíes-cristianos, mudéjares y mozárabes. Destaca la formación del reino moro de Granada, del que dependió la Alpujarra, cuya «metrópoli» era Ugíjar dividido en tahas o distritos y cuyas vicisitudes alcanzaron singular relieve cuando en 1490 Boabdil entregó la Alpujarra a los Reyes Católicos después de la toma de Baza. Como detalle curioso anota que el Rey Zagal obtuvo el señorío de Andarax a cambio de Guadix y Almería. Concluye señalando que la Alpujarra comprendía, por entonces, 65 pueblos, 30 ó 40 lugarcillos y aldeas, más de 500 caseríos y cortijadas, «más de dos mil (!) cortijos y casas de campo y unos cuatrocientos grupos de chozas y cuevas pastoriles» con un total de 115.000 almas aproximadamente (28).

(24) Pedro Antonio de Alarcón fue elegido Académico de la Española en 16 de diciembre de 1875, pronunciando el discurso de ingreso en 25 de febrero de 1877.

(25) Páginas 103-105.

(26) Página 105.

(27) Página 107.

(28) Página 115.

Llegados a Órgiva los viajeros e incrementada la expedición, compuesta ya de «unos diez y seis», se alojan en la Posada del Francés, lo que lleva a recordar la figura histórica del Alcalde de Otivar, Juan Fernández (29). Recorren la población —compuesta, por entonces, de 4.897 habitantes—, visitan la famosa Torre, célebre en la guerra de los moriscos y unida a la memoria del Alcalde Gaspar de Sarabia. No deja de aludir a un famoso pueblo del partido, Trevélez, «la tierra clásica de los más típicos y famosos jamones alpujarreños» (30).

Pasan la noche en Órgiva realzando con manifiesto agrado la salve que cantaban los muchachos en el Rosario, lo que le mueve a divagar sobre las ideas modernas y, por añadidura, sobre la Revolución del 68, cuya Constitución —proclamando al año siguiente la libertad religiosa— votara el propio Alarcón (31).

Parte tercera. La Contraviesa.

Reanudada la marcha, a caballo, bajan por el Río Grande, emprenden la subida al Puerto de Jubiley, en cuya altura contemplan una vez más la Sierra Nevada, alejándose, camino del Río de Cádiar y más adelante, de la Venta de Torbiscón, en cuyo lugar pasan media hora; al continuar, se encuentran al pie de la cumbre de la Contraviesa, «cordillera secundaria, paralela a Sierra Nevada», cuya subida acometen y coronan en el tiempo de dos horas, salvando un desnivel de 1.400 metros, dominando desde la cima la Alpujarra. Animada disquisición sobre la uva, para seguir contemplando desde allí toda la Alpujarra: Sierra Nevada, la Sierra de Gádor, la Sierra de Lújar y el mar. Descansan en aquel paraje y a las cuatro reanudan la marcha hacia la costa. Bajan por la cuesta de Alforfón, pasan por el barrio de este nombre, dejan a la izquierda el Tajo del Veredon y el Cerro de Alvaez para llegar a las cinco y media a Albuñol, a la que califica de «semi africana villa» (32).

(29) El famoso Alcalde de Otivar fue Don Juan Fernández Cañas, esforzado guerrillero que llegó a Coronel y operó principalmente, durante la Guerra de la Independencia, en la Alpujarra. Sobre *El Alcalde de Otivar, héroe de la Guerra de la Independencia*, versó el discurso de ingreso de Don Natalio Rivas Santiago, en la Real Academia de la Historia (Madrid, 29 de junio de 1940).

(30) Páginas 128 y 129.

(31) Página 136.

(32) Página 198.

Parte cuarta. El Gran Cehel.

Todo un capítulo, no corto, dedica el escritor guadijeño a Albuñol, considerándolo en muy diversos aspectos sin excluir, por supuesto, el geográfico, refiriéndose, en particular, a los dos Ceheles de la Alpujarra: el Gran Cehel, con Albuñol y Jubiles a la cabeza, y el Pequeño Cehel, comprendiendo, entre otros, los pueblos de Rubite, Gavilán y Polavos.

Justifica la brevedad de su paso por Albuñol, en donde no había de permanecer más de un día, por el deseo de visitar tantas cosas notables de los dos Ceheles: la Cueva de los Murciélagos, las Angosturas de Albuñol, la Encina-Visa, el Cerrajón de Murtas, las Higueras de Turón... y el mar, añadiendo un párrafo sumamente expresivo de la finalidad perseguida: «Que tal era la índole de aquel viaje, y tal tiene que ser por ende la condición del presente libro: buscar y describir unas peñas, un árbol, un monte o una playa con el propio afán y la misma delectación que si se tratase de la Basílica de San Pedro, de la Venus de Milo o de las ruinas de Pompeya» (33).

Desde Albuñol queda trazado el plan del día siguiente: salir hacia Murtas y Jorairátar; retroceder en dirección al Sur para llegar al mar por Adra y de aquí, por la costa, regresar a Albuñol (34).

Reanudada la marcha, el Viernes de Dolores, alcanzan su primer objetivo llegando a la Cueva de los Murciélagos, famosa por su valor prehistórico, pero en cuyo interior no penetra por no tratarse «de una gruta bella y fantástica por sí propia» como otras que ya conocía, entre ellas la del Monasterio de Piedra y la de Capri, y además porque los restos humanos que en ella se habían encontrado se relacionaban estrechamente con la prehistoria sin que le interesasen «en manera alguna» (35). Todo ello expresado con tan rotundos acentos de abierta indiferencia que recuerdan vigorosamente al fogoso escritor de otros tiempos. ¡Si se hubiera tratado en cambio de moriscos, judíos o cristianos perseguidos que en dicha cueva hubieran encontrado ocasional refugio y cementerio! (36).

(33) Página 212.

(34) Página 213.

(35) Página 226.

(36) Página 225.

Atravesadas las «umbrosas Angosturas de Albuñol», se dirigen los viajeros a contemplar de cerca la llamada Encina-Visa, robusta encina llamada así por su extraordinaria visibilidad para la gente de mar... y de tierra. Atraviesan el Cerrajón de Murtas y llegan a Murtas al anochecer. Establece un curioso parangón entre Murtas y Albuñol, cuyas diferencias compendia diciendo que éste es moro y aquél cristiano. «Albuñol es blanco, alegre, risueño, luminoso; Murtas es pardo, grave, tético, sombrío» (37). Pasan la noche en Murtas y al día siguiente el itinerario, a caballo, se desarrolla conforme a lo prevenido, en esta forma: Murtas-Mecina (Tedel o Mecinilla) Jorairátar-Cojáyar-Mecina Tedel-Murtas.

No podemos por menos de leer hoy con alguna extrañeza cierto pasaje de la obra. Al recordar Alarcón otras épocas en que «las personas aceptas a una Orden religiosa podían recorrer toda la Península de convento en convento, sin necesidad de ir a dar con sus huesos en ninguna posada de mala muerte», asegura «que el actual prurito europeo de establecer en todas partes buenos *hoteles*, *fondas* y *restaurantes*, traerá consigo la desaparición absoluta de los santos placeres de la hospitalidad activa o pasiva.

¡Es la triste ley de estos tiempos! Nuestra época parece encargada por el Anticristo de acabar con las más puras satisfacciones del alma humana...

—«¡*Dad posada al peregrino!*»... —decían ayer el Catecismo cristiano y el moro.

—«¡*Qué se vaya a la fonda!*»... —contestarán mañana moros y cristianos.

Y tendrán razón, hasta cierto punao» (38).

Parte quinta. La orilla del mar.

Con una marcha a pie inician la jornada del Domingo de Ramos, para cubrir la corta distancia entre Murtas y la Rambla de Turón, en cuyo punto montan a caballo. A poco, pasan por los famosos lugares de este nombre, de cuyo pueblo salen a las dos de la tarde, ya con la desazón de las tres o cuatro horas de retraso sobre lo previsto, res-

(37) Página 247.

(38) Página 273.

pecto de los demás compañeros expedicionarios. Constituyen los pasajes que siguen un delicioso relato con mucho de *suspense*, motivado por la desesperada porfía, contra reloj, en su afán de llegar a Albuñol —pasando por Adra— a las ocho de esa misma tarde. Empeño que, se resuelve triunfalmente aunque a costa de largas zozobras. A las cuatro menos cuarto, divisan Adra, que alcanzan al cabo de tres cuartos de hora después. Al reanudar la marcha pasan por Torre de Guainos desafiando dificultades, y contemplan la Rábida. Al fin, a ¡las ocho menos diez! entran victoriosos en Albuñol, llegando momentos después sus *enemigos*. Termina esta parte con un capítulo dedicado a la prosecución de la historia de la guerra contra los moriscos, encargado ya Don Juan de Austria de las fuerzas cristianas.

Parte sexta. La Semana Santa en Sierra Nevada.

Alarcón cierra su travesía de la Alpujarra coincidiendo con el transcurso de la Semana Santa, cuya piadosa conmemoración rememora puntualmente. El Lunes Santo lo pasa en Albuñol, de donde parten al otro día para Murtas, viaje que considera «el más tranquilo, descansado y racional» de cuantos hubiera realizado en su recorrido. El Miércoles Santo es el gran día de Cádiar «y del asalto a la Sierra». Particularmente notable es la descripción, cargada de acentos entrañables, que ofrece de Sierra Nevada, con precisas referencias topográficas, entre las que cuenta los pueblos del Barranco de Poqueira: Pampaneira, Bubián, Poqueira y Alguástar, divisando y nombrando hasta veintitrés pueblos más, algunos de los cuales constituirían el itinerario del día siguiente. Atraviesan Portel, llegando a Cádiar, ya después de las nueve. Recuerda la muerte de Muley Carime —Miguel de Rojas—, suegro de Aben Humeia, recogiendo la dramática versión de Martínez de la Rosa. Continúan hasta el cercano Narila y tras corto descanso, al reanudar la marcha hacia Sierra Nevada, pasan por Yátor, alcanzando «respetabilísima altura» y llegan, ya bajo tinieblas, a Yegen, donde pernoctan.

El Jueves Santo lo vive Alarcón practicando la tradicional devoción de la visita a las Estaciones, pero de manera singular: cada Estación corresponde a las distintas poblaciones que recorre. Así, la primera es en Yegen, la segunda en Válór, la tercera en Nechite, la cuarta en Mecina-Alfahar, la quinta en Mairena, la sexta en Júbar y la séptima en

Laroles. A vía de complemento plástico presencia una procesión que iba desde ese último lugar a una ermita de las inmediaciones. Todo ello contribuye a reforzar sus piadosos pensamientos sobre la Pasión del Señor, llevándole a vivir, emotivamente, una jornada inolvidable, que concluye con la contemplación nocturna de la Alpujarra —«gran diosísimo espectáculo» (39)— y al correspondiente iluminación de Joráitarar. Culmina la devota conmemoración con la festividad del Viernes Santo, evocando, en alas de la fantasía, la muerte del Señor. Imagina que en la cima de Sierra Nevada se halla una gran cruz en donde agoniza el Redentor; a ambos lados, ocupando el lugar de Dimas y Gestas, ve a Aben-Humeya —«aquel que se declaró cristiano a la hora de la muerte»— y a Aben Aboo, «el perpetuo traidor, la personificación del odio, el réprobo impenitente» (40). Cerca de Jesús aparecen los martirizados sacerdotes alpujarreños y al pie un cuadro pavoroso de muerte, ruina y desolación, no lejos de la presencia de personajes históricos partidarios de una política de tolerancia o de rigor.

Reanudando la marcha desde Laroles, pasan por Picena, entra poco después en Cherin y llega a mediodía a Ujíggar, «tradicional metrópoli de la Alpujarra» (41), de cuya población traza, más que una descripción, una curiosa semblanza en la que no olvida consignar que el Casino «está suscrito a dos periódicos conservadores (*La Epoca* y *La Política*)» (42); al mismo tiempo recuerda el trágico episodio acaecido en su recinto a cargo de las huestes de Aben-Aboo.

Una observación curiosa de Alarcón sobre las *carracas* de madera —de uso en Viernes Santo— le lleva a decir que el ruido que producen «parece formado por el retoque de muchos huesos de muerto, y con el cual recuerda la Iglesia a los fieles el *leño de la Cruz*, añadiendo que «el silencio de las campanas», representantes de los Apóstoles, significaría «de qué manera callaban éstos a la sazón o estaban ocultos en la ciudad deicida» (43).

Al llegar al Cortijo de Unqueira, a las dos de la tarde, abre un alto en la marcha para continuar el relato de la historia de los moriscos —suspendido desde la salida a Cádiar—, alcanzando con los capítulos

(39) Página 404.

(40) Páginas 406 y 407.

(41) Página 410.

(42) Página 416.

(43) Páginas 413-414.

postreros la traición que costó la vida a Aben-Humeya y el efímero reinado y desastrosa muerte de Aben-Aboo.

Después de pasar por Cojáyar y Mecina Tedel, llegan al anochecer a Murtas, al tiempo de celebrarse la procesión del entierro de Cristo.

Epílogo.

El término del viaje se aproxima. Disuelta la caravana y camino de Albuñol para alcanzar Motril, Alarcón sale solo de Murtas, pero en seguida advierte la presencia y compañía de un tipo extraño, de traza sospechosa y encubierta identificación. Con él prosigue el recorrido por la Contraviesa y Cortijada de los Puñaleros, hasta llegar a Albondón, donde al conversar con el Cura recuerda el alcance y las circunstancias de la expulsión de los moriscos. Poco después, se despediría de su misterioso acompañante, que resulta ser el sepulturero de Albuñol.

R E S U M E

ENRIQUE PARDO CANALÍS: *Un voyage à la Alpujarra avec Pedro Antonio de Alarcón.*

Parmi les ouvrages de Pedro Antonio de Alarcón (Guadix, 1883—Madrid, 1891), *La Alpujarra* occupe une place très privilégiée. Entre ses pages, l'auteur rassemble les impressions du voyage réalisé au cours du printemps 1872, à travers la belle et agreste région montagneuse, scénario historique de la rébellion des maures de Grenade sous Felipe II, dirigée par Aben Humeya.

Les dons littéraires de l'auteur se détachent dans cet ouvrage qui est composé de beaucoup d'éléments caractéristiques de son style: la description attentive et animée du paysage, l'explication vivace et passionnante, en particulier en évoquant les péripéties de la lutte sanglante, la brillante occurrence, sans laisser passer la constance ardente pour marquer un «factum en faveur de la tolérance religieuse», intention tergiversée par quelques critiques de l'époque.

Le livre est divisé en six parties précédées de quelques prolégomènes, suivies d'un épilogue. De son contenu, on offre, dans ces pages, une succincte référence avec l'espoir qu'elle puisse servir de rappel à ceux qui connaissent l'ouvrage, ou d'invitation à tous ceux qui s'intéressent aux livres de voyages.

S U M M A R Y

ENRIQUE PARDO CANALÍS: *A trip to the Alpujarra with Pedro Antonio de Alarcón.*

Among the works of Pedro Antonio de Alarcón (Guadix, 1883—Madrid, 1891), *The Alpujarra* is one of the most outstanding. Throughout its pages the author gives us the impressions of his travels during the spring of 1872 through the beautiful and wild mountainous countryside, historical scenery of the revolt of the granadine «moriscos» under Philip the II and led by Aben-Humeya.

The literary gifts of the writer are clearly shown in this book which allows us to notice quite a number of the characteristic elements of his style: the attentive and lively description of the landscape, the vivid and impassioned story, particularly when evoking the peripeteia of the bloody fight, the sparkling sallies, without failing to demonstrate his passionate engagement in tracing a pledge in favour of the religious tolerance, a design which was tergiversated by some of the critics at that time.

The book comprehends six parts, to which a foreword precedes and ends with an epilogue. These pages try to offer a succinct account hoping they could serve as a remembrance to those who know the work and as well as an invitation to those who may be interested in travel books.

Z U S A M M E N F A S S U G

ENRIQUE PARDO CANALÍS: *Eine Reise durch die Alpujarra mit Pedro Antonio de Alarcón.*

Unter den Werken von Pedro Antonio de Alarcón (Guadix, 1883—Madrid, 1891) nimmt die Alpujarra einen bedeutenden Platz ein. Im Rahmen seines Werkes beschreibt der Autor die Eindrücke der Reise, die er im Frühjahr 1872

durch diese anziehende Berglandschaft unternahm, der geschichtliche Schauplatz des Aufstandes der granadinischen Mauren unter Philip II und unter Führung von Aben Humeya.

Die literarischen Fähigkeiten des Autors kommen in diesem Werk zum Ausdruck, das zahlreiche charakteristische Elemente seines Stils bringt: die unterhaltsame Beschreibung der Landschaft, die spannende, atemberaubende Schilderung des blutigen Kampfes, die spritzigen Zwischenfälle und Anekdoten, wobei er jedoch nicht ausser Acht lässt, «eine Lanze für die Religions-Toleranz zu brechen», ein Versuch, der von so vielen Kritikern der Epoche erfolglos unternommen wurde.

Das Werk besteht aus sechs Kapiteln, mit Vorworten und einem Schlusswort. Die folgenden Seiten bringen einen gekürzten Auszug, in der Hoffnung, dass sie allen, die sich für Bücher des Reisesektors interessieren, als Richtlinie und Ansporn dienen mögen.